acercase á donde estaba. A mi juicio, esos retratos de damas y de niños, aristocráticos, delicados y elegantes, eran la nota peculiar de Vaamonde, por ahora. El tiempo diría si encerraba en sí otra cosa, fibra viril. Talento y aptitudes le sobraban. Unicamente la necesidad de vivir le excitaba á cultivar el retrato al pastel, con sus blanduras y sus convencionales idealismos.

Hizo explosión el mal cuando el artista se preparaba á establecerse en París, y á granjearse, con algunos retratos bien pagados, la independencia para trabajar en el estudio del famoso Dagnan Bouveret. Sus delirios de enfermo giraban alrededor de esta perspectiva. Cuando llegó el momento de mi viaje, hablé de Mondariz: no quise decirle que venía á este París tan anhelado. Con las ilusiones que engendra la tisis, creía siempre que "dentro de dos semanitas" podría emprender su rumbo hacia la gloria...

La paz y el descanso sean con él, en el humilde cementerio de mi aldea.

XVIII

CLASE PRIMERA

Tratemos de lo más serio. ¿No adivinan? Hablemos de enseñanza.

En el programa oficial, tan científico, de la Exposición, la enseñanza constituye la *clase primera*. Y para las naciones ó *fuertes* ó solamente *sanas*, que se encuentran en período de incremento y vigor, que en vez de decrepitud manifiestan virilidad, la enseñanza es, en efecto, el número uno, la preocupación incesante, lo sagrado. ¡Infalible barómetro! Consultadlo y no necesitaréis preguntar el estado de una nación. Si ésta aparece pujante y adelantada en la enseñanza, pujante y adelantada la encontraréis en todo: por lo menos, en camino de adelanto, en la buena ruta. Podrá tener sus complicaciones y sus luchas interiores, á semejanza de Francia: en las naciones como en los

individuos es difícil la total armonía en un momento dado de la vida y de la historia; pero siempre será nación robusta, constituída para arrostrar con firmeza las contingencias del presente y del porvenir.

La sección de enseñanza francesa é internacional se encuentra desahogadamente instalada en parte del piso alto del descomunal palacio del Campo de Marte. No tan visitada como otras secciones que entran por los ojos y divierten á la muchedumbre, la ví más cómodamente. Me acompañaba un profesor cultísimo, Boris de Tannenberg, bien conocido de los literatos españoles. Hablábamos de Alemania, que, no contenta con su instalación general, ha inundado de material de enseñanza y documentos pedagógicos su aparatoso pabellón de la calle de las Naciones; dijérase que el *Kaiser* quiere evocar la memoria de los tiempos en que se repetía "El maestro de escuela alemán es quien ha vencido á Francia.„

Empieza á darnos lecciones esta sección á los desaconsejados y descarriados españoles, mostrándonos que para elevar á considerable altura la enseñanza no se necesita ser nación, ni grande, ni poderosa, ni rica. Suecia, Noruega, Dinamarca, Estados muy inferiores en población á ciertas regiones españolas, ponen la ceniza en la frente á dilatados Imperios, y, por supuesto, á la nación que yo me sé. Lo vasto y lo colmado de la instalación sueca, que es á la nuestra como un gigante á un liliputiense, dice el interés profundo, la capital trascendencia

atribuída á este aspecto de la vida humana. Las escuelas primarias suecas y noruegas son modelos de intimidad, de poesía, de ideal; matrices donde se genera una humanidad mejor.

Nótese que en esas comarcas circumpolares la Nataraleza es enemiga del hombre. Apenas hay historiador que no reconozca la influencia de las orillas mediterráneas en la civilización antigua. Los pueblos que ahora se revelan á la cabeza de la enseñanza son los últimos bárbaros, envueltos en eternas nieves ó empantanados en los melancólicos *fiords*. Por obra del clima, esos pueblos hiperbóreos se dejaban dominar del vicio más grosero, la embriaguez. En la sección sueca, donde todo está dispuesto para que el deseoso de aprender se entere á gusto, puede consultarse un libro de información completísimo, con muchos grabados, titulado *Suecia, su población é industria,* y en este volumen, publicado por el Gobierno, hallo datos acerca del desarrollo y represión del alcoholismo, que merecen notarse.

A fines del siglo pasado, el Estado sueco, que disfrutaba el monopolio de los alcoholes, inducía al pueblo á consumir y fomentaba la insania y el embrutecimiento de aquella gente, á trueque de enriquecerse el fisco. Vueltos en sí los gobernantes, se consagran ahora á desterrar el alcoholismo por todos los medios, y van consiguiendo resultados asombrosos. La estadística demuestra la rápida disminución de la cantidad de aguardiente atribuída cada año á cada habitante, desde 1850 hasta el día.

Algo semejante pasa en Noruega. Como en países de hielo y de noches que duran meses, es difícil beber sólo agua, se bebe cerveza y vino, y contra el mortífero aguardiente se hace activa propaganda. El resorte más eficaz de la propaganda es la instrucción. Conforme ésta se desarrolla, la mortalidad decrece; ya se vive seis años más por término medio en Noruega y Suecia. En la escuela, al par que los elementos de higiene, se explican á los niños los perniciosos efectos de las bebidas alcohólicas, combatiendo desde la cuna la mala inclinación nacional. En cada Concejo de Noruega un comité de dirección escolar vigila la enseñanza primaria—fundamento, no ya de la cultura, de la existencia.—Los Municipios costean á los alumnos pobres una comida escolar diaria. Todo lo vemos representado, no sólo en fotografías, sino en reproducciones exactas de la escuela, con sus aulas, sus cocinas, sus muestras del trabajo manual de los alumnos, sus libros, sus objetos de intuición para el aprendizaje de las ciencias naturales. Allí también las fotografías directas de las piscinas escolares, ó sea del baño de limpieza dado en la escuela. Y recordé las peregrinas cosas que en España se dijeron cuando mi sabio amigo Joaquín Costa proclamó la conveniencia de que un pueblo se lave y se bañe desde la primera edad, para regenerarse.

Lo menos que le llamaron fue *idealista*, en el burdo sentido de *chifladura* que se da á este vocablo, aplicado frecuentemente á las

mayores realidades, si no encajan en las casillas de la rutina española, tan comidas de orín. Cuando se piensa que estos niños pobres, más bañados y fregados que en España los hijos de muchos ricos, son del país donde á fines del siglo XVII una reina, Cristina de Suecia, llevaba las manos tan sucias que no podía saberse si eran negras ó blancas, se comprende el camino andado. ¡Bienaventurados los que andan y no se cristalizan en sal, como la señora de Loth, símbolo nuestro!

Preocupaba á los suecos, al organizar la instrucción primaria, su fama de pueblo soñador y excesivamente intelectual, y quisieron cargar la mano en el elemento práctico. A esta idea responde, no sólo el minucioso aseo escolar, los lavabos, las bañaderas, las piscinas, sino el aprendizaje de un oficio, obligatorio para los muchachos, y el del manejo y gobierno de la casa para las niñas. Estas últimas, en la escuela, guisan un día por semana; otro van al mercado á hacer la compra y aprender á distinguir lo malo de lo bueno y á ajustar cuentas; y también se avezan á cortarse y coserse su ropa, á lavar, planchar, repasar y otros menesteres indispensables.

A pesar de la leyenda de la mujer por excelencia casera y hacendosa que creemos poseer, la verdad es, y apelo á las señoras obligadas á tomar cocineras y doncellas, que sólo por raro caso se encuentra una enterada de lo elemental de su obligación. "La chica es nueva y hay que enseñárselo todo." Sí; con tal que lo sepa

la profesora... Porque tampoco ella lo aprendió en ninguna parte. Veo en la escuela sueca un gráfico que describe cada pedazo del buey; la carne de primera, el filete, el contrafilete..... Esas chiquillas suecas sabrán así algo que yo ignoro desde mi niñez y que ya ignoraré toda la vida. Como no lo estudiase en el Matadero... También se enseña en las escuelas á distinguir de colores. ¡Valiente cosa! dirán ustedes. Pues apenas hay español que en eso no yerre. Preguntadles el color de un vestido, y confundirán el azul con el verde y el amarillo con el rosa, y estarán en el caso de los héroes de Homero, que sólo veían tres ó cuatro colores en la Naturaleza: ni aun diferenciaban los del arco iris. Así sucede que en las tiendas de Madrid se pida, v. gr., raso granate, y lo presenten color marrón ó morado. ¿Es que no constituye una educación de los sentidos el discernimiento del colorido?

En la instrucción primaria de Dinamarca son sorprendentes las muestras del trabajo de los ciegos, sordo-mudos é idiotas. Hoy se piensa mucho en estos desdichados, que han celebrado aquí ahora su Congreso... por señas. Admirables me parecen las escuelas primarias inglesas, y más admirable aún el descontento que contra ellas existe en el país, por no creerlas bastante perfectas, atendida la importancia de tal capítulo. No conozco mejor síntoma que este descontento de lo bueno, aspirando á lo mejor: el progreso es enemigo de la organización permanente, enquistada.

Los Estados Unidos, ya se supone, no se han quedado atrás. En la Sala de fiestas, un cinematógrafo exhibe gratuitamente los ejercicios escolares de los yankis. En la sección observo una idea nueva, generosa, graciosa: las bibliotecas *para niños,* sin bibliotecario, libres. En estantes, á la altura de los lectorcitos, están los volúmenes: las criaturas los manejarán á su talante, leerán, mirarán grabados, harán su capricho. Si los rompen, que los rompan. Es el juguete bibliográfico destinado á encariñar al niño con el libro. ¿No se rompen cometas, trompos, soldados de plomo, sables? Pues rómpase el libro enhorabuena. ¿Pero qué habían de romper? Lo cuidan; es *suyo*, está fiado á su custodia.

Si queréis monografías sobre enseñanza, ahí os regalarán veinte ó treinta tomos, lujosamente impresos. El libro no se regatea, no se oculta, no se estanca. Tomad y comed... Ese es el cuerpo de la enseñanza, el pan nutritivo. Y no he de omitir que cuando el guardia de la sección yanki comprendió que yo era española, me ofreció las monografías con doble complacencia y me hizo mil ofrecimientos. Tienen orden, sin duda, de tratarnos con especial halago.

Nosotros también hemos remitido material escolar. Allí lo diviso, en un escaparate. ¿Les parece á ustedes que hablemos de otra cosa?